

# Lo real espantoso: Efectos psicoculturales del terrorismo de estado en América del Sur

A Jan Gross, con sentido recuerdo

Porque escribí no estuve en casa del verdugo



me dejé llevar por el amor a Dios  
ni acepté que los hombres fueran dioses  
ni me hice desear como escribiente  
ni la pobreza me pareció atroz  
ni el poder una cosa deseable  
ni me lavé ni me ensucí las manos  
ni fueron vírgenes mis mejores amigas  
ni tuve como amigo a un fariseo  
ni a pesar de la cólera  
quise desbaratar a mi enemigo

*(E. Lihn: Porque escribí)*

## 1. Introducción

La implantación de la “violencia organizada” en la mayoría de los países del Cono Sur durante las décadas de los setentas y ochentas del siglo XX, ha conmovido en forma substancial las condiciones de vida de la población.

El terrorismo de estado hizo su ingreso y trató de perpetuar sus efectos, actuando como una agresión continua a lo percibido como íntegro y estable.<sup>[1]</sup> Premeditadamente se crearon situaciones físicas y psíquicas límites para inducir, a través de la experiencia del terror mediatizado en todas las instancias cotidianas, una actitud de estupor y una conducta de adaptación pasiva en los afectados. Gestos de descontento y actos de oposición y rebeldía habían de ser anulados ya en germen por el automatismo reflejo de “fingirse muerto”. Se incitó a pasar desapercibido como táctica de supervivencia infame y se amenazó sin ambigüedades con una “desaparición” que no fue un eufemismo, o con asesinatos y torturas ejercidos bajo la

égida de lo “real espantoso”<sup>[2]</sup>

Sin embargo, se puede apreciar que la gestión militar en pos de mantener la hegemonía a sangre y fuego no alcanzó el objetivo de acallar toda voz e intimidar todo gesto de creación disidente, sino que paulatinamente se fue viendo enfrentada a una respuesta social y cultural específica que trascendió el marco de protesta circunstancial y que se constituyó como una forma nueva de cultura: contra el miedo y el silencio.

Tres factores actuaron, a nuestro juicio, para fomentar el desarrollo de una cultura tal que se manifiesta como alternativa a la violencia organizada”.

En primer lugar, la gestión militar se manifestó como incapaz de articular y dar curso a un modelo ideológico global, que fuese más allá de la consigna autoritaria y de imponer “orden y respeto”, para convertirse así en conductora de la actividad social y cultural de la nación respectiva.<sup>[3]</sup>

Luego, había fuerzas de oposición al terrorismo de estado en los países pertinentes que si bien fueron subyugadas físicamente no pudieron ser deslegitimadas en términos éticos y de quehacer social. De este modo hubo un proceso de polarización social y cultural entre vencedores y vencidos, con una vasta “tierra de nadie” de por medio que no fue cubierta por la exclusiva gestión autoritaria y que, sin embargo, reactiva en la memoria social experiencias previas de opresión.<sup>[4]</sup>

Por último, en términos de trascendencia cultural, se puede hablar de una sensibilización temática y de contenidos específicos presentes ya en la cultura latinoamericana frente a la situación de opresión totalitaria. La presencia directa de emigrados españoles y judíos, huyendo de la saña franquista y nazi respectivamente, despertó un eco profundo en el ámbito cultural latinoamericano. Así, se puede hablar de una grado de percepción anticipatoria, si no del peligro directo de cada dictadura en particular, por lo menos de la dimensión que puede alcanzar el horror ejercido “profesionalmente”. Se puede postular que existía ya una sensibilización cultural frente a los derechos humanos en especial y que, sobre esta base, el desarrollo temático de cada delito de lesa humanidad se pudo desarrollar con una cierta solvencia y profundidad. “La literatura de estos años demostró que el verdadero arte no es reflejo de la sociedad sino una respuesta frente al mundo”<sup>[5]</sup>

Esta respuesta social y cultural de oposición al proyecto totalitario del terrorismo de estado encarna posibilidades de singular importancia en el propósito de profundizar en el daño psicosocial provocado por las dictaduras militares en el Cono Sur de América y de desarrollar vías culturales de maduración de la experiencia social bajo estas condiciones de vida y propender así a una toma de conciencia específica que favorezca la prevención psicocultural. El “Nunca Más” como consigna debe ser nutrido socioculturalmente con la amarga experiencia de estos años.<sup>[6]</sup>

## 2. Metodología de la lectura cómplice

Cultivando el oficio de distancias y soledades parciales a que condujo el exilio, ocurren algunos

fenómenos que son característicos de la situación de desarraigo y de atención tensa por el proyecto social que abandonamos en contra de nuestra voluntad.

Uno de estos fenómenos específicos es el de seguimiento intenso de la expresión literaria del subcontinente. La comunicación escrita cobra una importancia inusitada en nuestro cotidiano de linderos culturales y polos afectivos, en el proceso de comprender el sentido de nuestro devenir y luchar contra la soledad y el olvido.

Es en este oficio de distancias que surge el interés por sistematizar la experiencia estética literaria y, a través de un cuestionamiento específico, acceder a algunas respuestas emocionales y cognitivas que nos ayuden a definir nuestro erario cultural y nos permitan abrir nuevas perspectivas de solución a nuestra identidad resquebrajada.<sup>[7]</sup>

En este propósito de continuar participando de la cultura de América del Sur y entregar nuestro aporte a su desarrollo, nos parece de valor:

- Considerar, en términos generales, cómo la nueva situación de violencia organizada se refleja en la expresión literaria;
- Extraer los leitmotivs temáticos de la literatura accesible e interrelacionarlos con la situación psicosocial imperante, confrontarla, por ejemplo, con testimonios y con estudios sociales y antropológicos de la situación respectiva;
- Deducir dialécticamente tanto las potencialidades de expresión como de interpretación temática en los textos estudiados, suponiendo que la literatura, como re-creación de la realidad social, nos puede conceder claves vivenciales y de expresión también frente a la experiencia cuasi aniquiladora del terrorismo de estado y, en la dimensión de las soluciones existenciales, fomentar una actividad de prevención psicosocial;<sup>[8]</sup>
- Por último, rendir un homenaje a los hombres de letras de nuestro subcontinente, pues con su labor de ahondar en la propia experiencia y esforzarse en articularla literariamente han remozado la cultura, atenuando la niebla en que los detentadores de la violencia organizada pretendían ahogarnos, y han dado a nuestra generación de transhumantes un sostén psicocultural imponderable.

### 3. Contexto teórico

En este afán de aproximación al universo literario en oposición activa a la violencia organizada nos encontramos con una doble exigencia metodológica: por una parte, deben ser considerados aquí tanto los aspectos de la respuesta literaria en su consistencia sociológica e integridad estética, como por otra, los aspectos psicoculturales en el sentido de articular una forma de expresión que vaya más allá del estallido momentáneo de protesta y cree las bases para una comprensión de la experiencia vital de los pueblos bajo un régimen dictatorial. El acceso a una semántica psicocultural de esta época se torna factible en tanto que los productos literarios de esta cultura llegan a alcanzar un alto grado de trascendencia vivencial: dan cuerpo cultural a lo inefable, articulan en imágenes y trama las angustias y los horrores y

crean las bases para una solución dramática en la tragedia compartida.

En relación a la consistencia sociológica, concordamos con Hauser en que “la producción artística no es una lucha por la presentación de ‘ideas’, esencias, universalidades”<sup>[9]</sup> es pues un rescatar la experiencia vital en sus aspectos substanciales, universales porque auténticos, un aferrarse a una percepción guiada tanto por la intuición como por la inteligencia social del autor respectivo y que se propone, paradójicamente, alcanzar validez general a través de la recreación expresiva de lo singular trascendente. La actividad literaria implica, en términos sociológicos, la interacción mediatizada y voluntaria del escritor con su lector y conduce al cultivo de nuevas formas expresivas en la percepción y comprensión del “sí mismo” en quienes participan de este proceso de comunicación.

Para el estudio de integridad temática y de solvencia estética en la obra literaria recurrimos al concepto de mimesis en el sentido de la “interpretación de lo real por la representación literaria”, concepto expuesto por Auerbach en base al análisis dialéctico del realismo moderno y que pretende una aproximación múltiple al texto literario; lo que significa no sólo en base a cánones habituales de interpretación y análisis, sino recurriendo a aquello que constituye el fundamento del proceso de escritura/lectura: la transferencia emocional. Esta actitud de introducir explícitamente la empatía como medium de interacción frente al texto, permite al lector e intérprete una integración incluso subjetiva de la experiencia literaria en la medida en que “se apaña” a la lectura como un acto de disputa emocional y semántica y no en función de receptor pasivo.<sup>[10]</sup>

La dimensión psicocultural de la literatura se considera aquí en el sentido de sus propuestas de solución estética y vivencial a situaciones límites de experiencia; para ello se buscan las claves de interpretación y expresión que la actividad literaria ha desarrollado bajo la violencia organizada, en tanto que ella rompe con el silencio impuesto autoritariamente y que se rebela contra tabúes que intentan ser reactivados a través de la manipulación de los medios de comunicación.<sup>[11]</sup>

En relación a la clasificación temática de los múltiples aspectos tratados en la literatura reciente de América del Sur,<sup>[12]</sup> nos proponemos en este estudio abordar cuatro:

La implantación del terrorismo de estado;

La vida cotidiana bajo estado de sitio;

La alienación como *modus vivendi* y

Exilio ó insilio.

### 3.1 La implantación del terrorismo de estado

La gestión militar tuvo una connotación temporal diferente según se trate de Argentina y Uruguay, con una estructuración creciente de la represión militar, o de Chile, con un golpe de estado arteramente premeditado y realizado. Para los “vencidos” de ambos lados de la

cordillera hubo una situación vital en coordenadas similares de persecución y amenaza personal y, como grupo social y cultural, de ruptura violenta con aquello que hasta entonces había constituido la identidad y el accionar como miembros de la propia sociedad.

La “vecina orilla” (Benedetti)<sup>[13]</sup> es el lugar de seguridad transitoria para un joven uruguayo, arrastrado casi por inercia generacional a una confrontación con el orden ciego de los militares, en vísperas de instaurar su régimen opresivo y de manifestar, a través de la gestión dictatorial, que la juventud en sí es digna de sospecha y, por ende, de castigo preventivo. Una “bobada” adolescente desencadena el alud persecutorio contra su persona y el joven debe exiliarse después de una corta reclusión carcelaria.

Sobrevivir en la vecina metrópolis es un arte difícil pero no imposible. La sombra de los acontecimientos represivos en el cercano Uruguay se proyecta como una progresiva amenaza a través del relato de experiencias sufridas en prisión por los cada vez más numerosos compañeros de exilio:

“El marido de Leonor está en el Penal Libertad. Ella lo vio antes de venirse y dice que envejeció diez años en cuatro meses... Le pregunto a Laura por Enrique, su hermano, que en primaria fue mi compañero de banco. ‘Hace un año que no sabemos de él. ‘Está borrado’.”.

El relato en primera persona y en un lenguaje casi coloquial está transido de referencias atroces: “Nadie diría que este año ya ha habido novecientos muertos por razones políticas”. La intensidad de la amenaza crece y ya no se detiene ante virtuales límites nacionales, el joven uruguayo debe pasar a la clandestinidad en la “vecina orilla”. Las páginas de estas notas, dizque escritas para una amiga cursi y arribista, documentan en un tono de autoironía y sobriedad los avatares de casi una generación.

“Tripulantes de la niebla” tiene lugar frente a las costas de Valparaíso en los días subsiguientes al golpe de estado.<sup>[14]</sup> Una gran cantidad de civiles han sido hechos prisioneros y trasladados a una cárcel flotante, al “Lebu”, un buque semiencallado. El maltrato dado a los presos no es fortuito ni con atención a determinadas personas sino que tiende a resquebrajar sistemáticamente la dignidad de todos:

“Allí yo era objeto de una inmensa máquina trituradora de hombres, una partícula, un chinche, una hormiga...”.

La niebla que continuamente ciega el horizonte parece incrementar la sensación de aislamiento, de vivir en el entremundo de los derrotados. Las primeras formas de reacción frente a la perplejidad que ocasiona el trato ignominioso en los afectados parecen concentrarse en brotes de humor negro: gestos y frases irónicas privan a la embestida uniformada de su condición de absolutez; la vulnerabilidad de los desposeídos, comentada sin patetismo, rescata su condición humana. Se presenta a los agresores como imbuidos de temor frente a un pretendido Plan Z, actuando así dentro del aparato militar, sin que sus miembros puedan tomar conciencia del papel propio ni de las fuerzas que los manipulan. La ironía dolida permite mantener un nivel de esperanza común entre los prisioneros, en tanto que ayuda a profundizar en una gran variedad de matices en los gestos y acciones de estos “tripulantes de la niebla”.

El abismo afectivo entre los miembros de muchas familias obreras, cuyos hijos varones ingresaron precisamente en el año del golpe al servicio militar en Chile, es el tema de “En familia” y “El resto es nada”.

“En familia”, Dorfman<sup>[15]</sup> nos presenta la visita al barrio obrero del hijo conscripto a pasar un fin de semana entre los suyos -gente de pueblo, afectada directamente por la represión masiva-, antes de ser enviado a un campo de concentración a vigilar prisioneros políticos. La atmósfera del encuentro familiar está preñada de tensión y de alusiones directas a la violencia militar. El hambre ha sido alejada momentáneamente del grupo gracias a una cierta actividad de la hija mayor que no puede ser nombrada. Entre padre e hijo son más expresivos los silencios y las frases indirectas, siendo ésta al parecer, la única forma de interacción posible; porque padre e hijo crean cauces de comprensión tácita, hay posibilidades de romper con el estrangulamiento comunicativo que impone esta situación de roles rígidos, para que ambos vayan muy de temprano a recoger a la hija/hermana mayor...

Un ejemplo de mayor brutalidad en este conflicto existencial desarrolla Valdés<sup>[16]</sup> en “El resto es nada”. Un joven soldado raso actúa aquí en el maltrato directo a los prisioneros. El adiestramiento despersonalizante que fomenta un espíritu de cuerpo marcial y una obediencia indiscutible, forma ya parte de su lenguaje cotidiano de manera incisiva, las emociones parecen bloqueadas por el hecho de cumplir órdenes de un superior inmediato:

“Pero mi cabo no quería terminar. Luego del ensacado y la zambullida de rigor, empezó a hacer correr a los detenidos por la orilla del gimnasio. Cuando no se estrellaban contra el arco, lo hacían en la murallas del fondo. Y más encima me ordenaba: ‘A cada pasada por aquí, un culatazo, ¿entiendes?’ Debió alcanzar a colocar dos o tres golpes en cada pasada, así que más se apuraban ellos y más se divertía mi cabo con los cabezazos en el cemento”.

El corolario escueto de esta demostración de saña con personas indefensas es dado por la presencia del padre entre los presos encapuchados:

“Jacobo - dijo su antigua voz- es mejor que nadie se dé cuenta. Los vencidos deben callarse”.

“El día de muertos” (Szichman)<sup>[17]</sup>, empieza con la confrontación insoslayable de dos ex-compañeros de escuela: Sánchez que se ha convertido en un buen soldado, obediente a las órdenes y Reissing, prisionero condenado a muerte por fusilamiento en juicio sumario. En su desesperación argumenta el prisionero recabando el trato amistoso de antes, insulta a su virtual verdugo, refregándole en la memoria escenas bochornosas del pasado escolar común, apela a las reglas de honor en la guerra:

“Hacen falta diez soldados, para que sepas, y no estos dos reclutas que ni terminaron la instrucción, y además la única luz que se permite es la luz del día... Hace cien años que en este país no se fusila a nadie...”.

Sin embargo, Reissing es matado de bala por Sánchez. Por lo demás este fusilamiento parece perfilar dentro de la narración sólo un fragmento de un espiral de violencia. “El día de muertos” no terminará sin el fusilamiento (¿también irrisorio?) de un grupo de personas reunidas en una

casa particular sin otro interés especial que el de oír la transmisión radiofónica de una pelea de box y jugar al truco...

### 3.2 La vida cotidiana bajo estado de sitio

Lo habitual parecía condenado a la incomunicabilidad bajo “condiciones de excepción permanente”. La violencia organizada se planteaba como omnipresente y no escatimó medios para hacerlo sentir en carne viva a quienes la menosprecian. Alda Roballo dice:

“No hay lengua/palabra/gesto/ que sirva/ para comunicarme con las sombras/ de estos pálidos rostros que conozca....<sup>[18]</sup>”

La amenaza de intromisión ubicua encuentra una expresión directa en “La composición” (Skármeta)<sup>[19]</sup> y en “A la escondida” (Dorfman)<sup>[20]</sup>. Un oficial llega a la escuela primaria de Pedrito a promover un concurso interescolar. Debe escribirse ese día “La composición” sobre la forma como los padres viven bajo el estado de sitio, los niños podrán quizá constatar que existen dos realidades sociales simultáneas, una de esforzada regularidad y aparente sumisión, acompañada intimidatoriamente de secuestros y detenciones y la otra de cultivar esperanzas de cambio y reactivar un proyecto social, derrotado pero no extirpado, a través de gestos solidarios en la vida cotidiana y de oír radios de oposición desde el extranjero. Frente a la incongruencia manifiesta de estos dos ámbitos de referencia, Pedrito crea una realidad propia en “La composición” que escribe para ser leída por los militares.

“A la escondida” juegan continuamente los hijos de un hombre que vive en la semiclandestinidad después del golpe de estado. Ellos podrían, en el candor de su corta existencia, hacer revelaciones peligrosas frente a un interrogador lo suficientemente astuto como para introducirlos en el juego siniestro de cábalas y albures sobre la identidad y el quehacer del padre y de los amigos de él, fingiendo ser un “tío” de los muchos que el padre presenta habitualmente a los niños, sólo que ahora el padre y los “tíos” viven al margen de la seguridad personal y la confianza infantil tiene también ribetes trágicos.

El miedo subyacente a los actos más comunes de interacción familiar, bajo el terrorismo de estado, encuentran en estos dos relatos una adecuada articulación.

La personificación del opresor en “Retamales de la Hoz” permite al autor (Nahuelpán)<sup>[21]</sup> dar curso a un dilatado ensueño que culmina en un acto de venganza directa. El odio ferviente del narrador da cuerpo a una descripción ignominiosa del militar torturador:

“y das la vuelta de manera poco olímpica con esos tus kilitos de más creyendo que todos, todos te están mirando y riéndose del color de tu piel oscura y de la herencia de tu padre y de lo chico que eres por tus piernas tan cortas, y más encima el lapidario comentario de la juanetuda: ‘Mejor que vayas yendo... que tienes la cara del degenerado’”.

Se regocija en la enumeración comentada de las bajas pasiones del esbirro y contrasta escenas de la vida de éste con las de un héroe clandestino de rutilante trayectoria (...“peligroso extremista y alto dirigente”...), de sobrenombre Gastón, quien, en representación de tantos

humillados por Retamales de la Hoz y Cía., derrota personalmente al militar y lo desnuda de su autoridad al desenmascarar su evidente cobardía.

La amenaza de llegar a ser “desaparecido” era en alto grado real para quienes no simpatizaban y colaboraban directamente con el terrorismo de estado, es decir, para la mayoría de los ciudadanos. Sin tapujos aparece esta amenaza sólo de vez en cuando a flor de conciencia; las pérdidas y los reencuentros entre los participantes de “La canción de nosotros” (Galeano)<sup>[22]</sup> están impregnadas de esta realidad sombría:

“Mariano dice:

- Un buen día descubris con cuánta facilidad te pueden borrar. Te queman las cartas, lo libros, las cosas tuyas. Te matan o te encierran o te obligan a irte. Un buen día te das vuelta y descubris que ya no queda ninguna huella. Como si no hubieras existido nunca. Ahora, tengo nombre de otro”.

En tanto que el “duelo congelado” en los deudos de “desaparecidos” perpetúa su labor de estrago afectivo, aflige a éstos con una tensión dolorosa ineluctable, de la cual “Como si mi corazón tuviera una ventana rora” (Echeverría)<sup>[23]</sup> da franco testimonio:

“Es mi cadalso, la noche cargada de ausencia: late, tensa y tenaz. No hay fantasmas, todo está a ras de piel, indignado y vigente. Tengo miedo pero no es cierto, no tengo nada que perder, qué queda aquí.

Mi madre dice que sería mejor detener las pesquisas, cambiarnos de lugar, cerrarnos el alma, olvidarnos. Sacarte de la memoria como una tajada de tocino y tirarte a la basura. Amanecer nueva e irme al fin de paseo, impune. Sin lastres, virgen ah.

En la policía no hay pistas. El policía jefe es un tipo muy gentil. El sábado saldré con él al cine, no es que me interese el cine en las presentes circunstancias pero estas amistades facilitan los acontecimientos; no tengo pudor, hay palabras que pierden sentido, no conozco el miedo ni tengo pudor y tampoco tengo escrúpulos, dejé de ser delicada. Creo que dejé de ser yo...

Antes me gustaban las canciones de amor, esas que aprietan el corazón como si rechinara. Ahora tengo ese calambre en el corazón, rechinando. Los días son largos y naufragan entre sábanas sucias. El capitán de policía en la otra ciudad me prometió hacer todo lo posible y pidió a cambio lo que otros piden. Yo pago, tengo esperanza. Lo único que me obstina es la esperanza. A veces, siento que ya no doy más, y que mi esperanza es un paquetito que llevo debajo del brazo: ésta es mi esperanza, me digo, no la vaya a dejar olvidada en el asiento del autobús. Y la agarro antes de salir, y la deposito en una silla, de regreso”.

A un nivel de experiencia límite nos introducen Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández:<sup>[24]</sup> doce años de incomunicación, en calidad de “rehenes” de la dictadura uruguaya, con el propósito expreso de aniquilación personal. Pese a la descripción directa y minuciosa de las arbitrariedades cotidianas y de las torturas porque sí, concebidas sistemáticamente para “volverlos locos”, la lectura de las “Memorias del calabozo” nos da la impresión de haber sido invitados por ambos autores a participar en una larga mateada, en el curso de la cual ellos van desarrollando la madeja de los recuerdos y las asociaciones, construyendo una expresión

dialogada con las angustias y los pesares de una docena de años condenados al silencio y al terror sistematizado. Esta forma de narración permite comprender cómo ellos fueron superando, a fuerza de ingenio y paciencia, las barreras físicas de la incomunicación impuesta, tratando de mantener al mismo tiempo la integridad personal pese a la sistemática ruptura de referencias y a la continua presión psíquica y agresión física de los carceleros, destinada a quebrarlos. Participamos así de los esfuerzos de Mauricio y Eleuterio por comunicarse y alentarse mutuamente a través de un sistema de golpes, sencillo pero eficaz, podemos seguir su interacción “en aislamiento”, las discusiones entre ambos que los fortalecen y les permiten, tras la cárcel, retomar el hilo de la comunicación con una prontitud y profundidad no esperada y, a través de sus “Memorias del calabozo”, percibir y exponer el revés de la trama de la dictadura uruguaya, pero también participar en una reflexión mateada de dos vidas no truncas, a desquite de la táctica de deterioro y destrucción que se les había dado, como perspectiva de muerte en vida.

### 3.3 La alienación como *modus vivendi*

El trastoque violento del marco de relaciones fue algo más que una virtual parábola, adquirió cuerpo y expresión en la atmósfera obsesiva, dirigida a uniformar las conciencias, con que el terrorismo de estado trató de perpetuar su influencia social y cultural. La interacción psicosocial entre los productores y receptores de tal ideología represiva debe ser considerada tanto en sus connotaciones sintomáticas, como en la forma de desarrollar alternativas culturales específicas.

El purismo lingüístico ha sido enarbolado como lema absoluto por el contrito autoinculcado en “eposición”<sup>[25]</sup> En un castellano libre de “barbarismos, solecismos, vulgarismos, malapropismos, galicismos” (aunque no de feísmos) hace él relación minuciosa de cómo fue atraído al implacable “Comando de Defensa del Idioma” y de los efectos que ello tuvo en su actividad:

“Mis clases empezaron a perder el sobrio tono científico que habían querido tener hasta entonces, para convertirse en letanías de dicterios en contra de mis colegas y alumnos que estropeaban nuestro hermoso idioma. Fueron días difíciles, pero por lo menos tenían el sello del entusiasmo iracundo que da la fe en una empresa. Dejé de frecuentar a ciertos amigos cuyo castellano era impropio, descuidado o imperdonablemente impuro y malsonante...”.

La fase siguiente a esta pedante vigilancia de la pureza idiomática no se hace esperar y pronto se ve al autor abocado a una protección agresiva del idioma, poniéndose por encima de las reglas de convivencia social para castigar a los infractores, mayoría imponderable por lo demás en nuestras sociedades tan mal habladas, hasta alcanzar una cierta notoriedad dentro de la organización. No es capaz, sin embargo, de anular completamente su autocrítica; en directa relación al atrevimiento de sus atentados al pudor de los infractores crecen sus dudas frente al sentido último que puede tener una organización que se adscribe sin compromisos al cultivo de virtudes secundarias y disciplina a sus miembros por medio del temor a la delación. Estas dudas conducen a su abrupto abandono del Comando de Defensa Militante. El autor continúa, sin embargo, bajo su influencia compulsiva y parece poder superarla sólo en tanto que culmina su “deposición” en un idioma que no es el materno. Se da forma así a una adecuada metáfora del proceso de subyugamiento en base a códigos en apariencia absurdos por lo limitados, con que actúan círculos totalitarios sobre sus miembros y los subordinan a virtuales principios

absolutos, que han de aplicarse a la sociedad global.

Constanza Lira<sup>[26]</sup> da expresión física al clima de terror que invadió la vida cotidiana tras el golpe de estado. La fábula en “Estante cama” refleja escueta y profundamente la escisión en la percepción de sí mismo que trae consigo el horror en su dimensión cotidiana, tanto más perturbadora cuanto más trivial. La historia es narrada por una mujer, como tantas otras, que vive con su esposo en un pequeño departamento y que, según el relato, se considera regularmente integrada a la sociedad, en condiciones de explicarse a sí misma cada una de las mínimas variaciones en el contorno cotidiano. Lo nuevo en ese departamento es un estante cama, el que al ser abierto en la noche muestra la extraña capacidad de contener cadáveres de personas muertas bajo violencia e introducir así el horror latente del exterior en el refugio de la pareja. La pesadilla es pues ya parte integrante de la vida cotidiana y los ritos habituales no consiguen desviarla al desván de la conciencia. De esta manera se da cuerpo expresivo a la sensación de horror permanente introducida por cada “régimen de excepción” en particular y se percibe que no hay muros y defensas de “buenas costumbres” que la anulen en nuestra conciencia.

“El intruso” de Elbio Rodríguez<sup>[27]</sup> nos transporta con un ritmo ágil y un suave trasfondo irónico a un ambiente donde el derecho a la privacidad ha perdido vigencia completamente. El personaje en cuestión se dedica al arte de introducirse en casas ajenas y pasar desapercibido en el interior de ellas el mayor tiempo posible, rompiendo con el tabú de respeto a la privacidad ajena. No parece ser motivado por una tendencia voyeurista, sus actos parecen documentar metafóricamente una situación ya presente en la conciencia general: cada cual puede ser invadido, allanado y destruido en su privacidad, sin derecho a recabar nada. Así se explica que el intruso sea tratado por lo común como un loco inofensivo. Si la expoliación del derecho a la privacidad es ya un hito real en la vida cotidiana, el intruso en cuanto persona, puede ser quizá un asidero de irracionalidad, pero al menos no agresiva.

### 3.4 Exilio ó Insilio.

Estas dos formas de articular la existencia constituyen modos de quitar el cuerpo al embate represivo de tendencia aniquiladora. Se complementan en sus consecuencias psicosociales en tanto en que en ambos se cultiva una resistencia al olvido y se promueve la solidaridad de largo aliento. Es digno de constatar que ambos senderos han dado curso a una ingente producción literaria, Skármeta constata:

“Es el destierro quien me revela la pequeña trascendencia del libro... He aquí como la vocación de escribir, llama a recuperar el país que es su destinatario”<sup>[28]</sup>

El testimonio de la historia trunca constituye la substancia de “Antenor Flores” (Yáñez).<sup>[29]</sup> Con el instrumentario de la novela biográfica se documenta el devenir histórico y social de Chile en el último medio siglo, a través de la historia personal de un obrero. El golpe de estado, la dictadura militar y la llegada en exilio a Alemania Federal son los últimos tramos existenciales en la relación de “Antenor Flores”: un exiliado reciente reactiva la historia común para otro chileno. El uso de un lenguaje sencillo y directo concede adecuada expresión a las reflexiones del biografiado sobre su pasado y su interés por seguir “mirando de frente la vida” sin diluirse

en nostalgias imprecisas y problemas difusos. Es significativo también el que esta obra haya sido hasta ahora sólo publicada en su traducción alemana.

Puede suponerse que también la lúcida tensión del exilio ha nutrido la fantasía certera, necesaria para crear el ambiente y el desarrollo temático de “Los herederos” (Marra), <sup>[30]</sup> larga milonga del suicidio por autonegación de un grupo social que se explaya en su impotencia frente al terror que ellos mismos concitaron. Los herederos, dos hermanos, consideran serenamente que su presencia en la ciudad se hace progresivamente superflua y deciden tomar posesión física de una propiedad campestre ubicada a semanas de distancia y, aparentemente, con poca o ninguna relación con el mundo exterior. Otras siete personas, en similares condiciones de desocupación, son invitadas a poblar este enclave. La sirvienta de los dos hermanos acompaña, por cosa de costumbre, a los emigrantes. Después de un azaroso viaje hacia el interior, se instalan en la casona heredada y continúan sus hábito de consumo, dispuestos gradualmente a una estadía ilimitada en un microcosmos sin mayores novedades que las de desoír que un pueblo de las proximidades acaba de desaparecer. Una creciente apatía comienza a ser cultivada voluntariamente desde el momento en que el refugio es invadido por bárbaros procaces. Un hermano instruye al otro:

“Oíme bien -me dijo gravemente-, no hables, ni protestes. Hacé como los demás, porque aquí no pasa nada y todos están convencidos de que nada ocurre, así que vos, debés actuar igual que el resto, normalmente, como todos, como lo venís haciendo hasta ahora”.

La insinuación es integrada:

“Dejé, entonces, que transcurriera el tiempo, con nuestras comidas y costumbres y ahora con los tipos dentro de este nuevo tiempo: después de todo y, en principio, ellos no molestaban. Me atrevería a decir que, prácticamente, no existían”.

El exterminio sucesivo de los contertulios es comentado por los aún sobrevivientes en términos algo monótonos: “No ves que no pasa nada, no tenés nada que averiguar, porque no pasa nada”. Existe un temor tácito a ser considerado insano mental, si se constata abiertamente lo que ocurre a plena luz del día. Lo que no debe, no puede ser, aunque todo indique lo contrario. Esta sarcástica parábola fue escrita por un argentino exiliado en Suecia.

Resumiendo, el desarrollo ejemplarizado de estos cuatro ítems de la literatura de oposición al terrorismo de estado nos aproxima a un universo expresivo de características especiales:

a) A despecho de la insistente conminación a obedecer y callar, se perfila la comunicación literaria como reivindicación de una necesidad vital de los afectados: desarrollo de identidad “a pesar de los pesares”;

b) más allá de un momentáneo consuelo frente al dolor personal y colectivo, se aprecia el cultivo consecuente de una actitud crítica como “estado de ánimo” en los escritores pertinentes; ellos trascienden así el “entremundo de los vencidos” en tanto que continúan una tradición de resistencia creativa y, enfrentados a la violencia organizada, trascienden barreras de comunicación y expresión haciendo accesible y comunicable la experiencia de esta época;

c) el trato literario de lo “real espantoso” en América del Sur no conduce ni a un esteticismo morboso de la relación opresor u oprimido -perpetuación categorial y ahistórica de una pugna específica y concreta-, ni a una delegación simbólica al absurdo del accionar represivo -negación personal de actores y deudos por virtual “inhumanidad” de los acontecimientos-, por el contrario, la literatura de oposición al terrorismo de estado concentra sus focos de atención y sus cauces de desarrollo temático y estético en la búsqueda de soluciones dramáticas frente a la experiencia de la agresión destructiva de la violencia organizada, develando su trama a través de su recreación y maduración literaria.

#### 4. Comentario

El terrorismo de estado desarrolló métodos sistemáticos de intimidación física y psíquica hacia las personas, así como de manipulación psicosocial de la cultura, con la intención manifiesta de subyugar *in nascendi* cualquier oposición y dar curso irrestricto a su modelo económico-social.

Esta gestión de guerra psicológica contra el propio pueblo ha provocado en los países del Cono Sur americano, respuestas de mayor o menor especificidad en todas las áreas de actividad social y cultural, desde nuevas formas de organización social de los afectados<sup>[31]</sup> hasta el desarrollo de una actividad psicoterapéutica para las víctimas de la represión.<sup>[32]</sup> Se constituye así un ámbito social y cultural de vastas proyecciones en la tarea de re-articulación psicosocial. Aquí nos parece de singular importancia manifestar que:

a) La intención explícita de la violencia organizada de provocar silencio y olvido a través del ejercicio del terror ha sido frustrada por el esfuerzo creativo en muchas esferas de la producción artística. En la literatura, específicamente se trata de encontrar el modo de expresión más adecuado para las diversas formas psico-sociales de actividad perniciosa de la violencia organizada: se trata de dar una forma de expresión concreta al horror y a sus efectos en los participantes

y proponer que:

b) Ante la dificultad de medir el daño provocado por la violencia organizada en “cifras exactas”, se promueva activamente el acceso a la semántica de la experiencia existencial de esta época a través de las fuentes literarias.

Sobre la base de que:

c) Este esfuerzo de maduración existencial en el desarrollo literario produce claves vivenciales, crea nuevas formas de expresión y puede:

- Actuar en contra del silencio y el olvido, creando un espacio cultural en la conciencia social para las situaciones consideradas hasta ahora como doblemente traumáticas, en tanto que extremas y sin articulación;
- Permitir un proceso de reparación psicosocial de la experiencia bajo el terrorismo de estado y
- Ayudar a crear bases culturales y sociales para el desarrollo de actividades de difusión

y prevención psicosocial.

En tanto que la literatura de esta época se manifiesta como adecuado testigo y da cauce a formas de comprensión y expresión de la experiencia vital bajo el terrorismo de estado, se hace necesario incluirla expresamente en los esfuerzos por superar el daño psico-social provocado por la violencia organizada. La literatura de oposición ha tenido y tiene un valor fundamental en las actividades realizadas para expandir las bases democráticas de una nueva sociedad, respetuosa por convicción de los derechos humanos.

---

<sup>[1]</sup> Véase: Riquelme, H.: La violencia organizada y la salud mental en América del Sur en Riquelme, H. (2003): Asedios a la memoria. La experiencia de psicólogos bajo las dictaduras militares en América del Sur. Ediciones Cesoc. Chile.

<sup>[2]</sup> “Lo real maravilloso: una de las caras de América Latina. Y esa otra ensangrentada, intolerable: ‘lo real espantoso’ (J. E. Adoum). La violencia que, manifiesta o subterránea, atraviesa toda la realidad latinoamericana, y por lo tanto toda su literatura, de la descripción más directa a la más elaborada metáfora. La violencia que se convierte en una nueva categoría crítica. Imaginación y violencia, lenguaje y violencia son combinaciones recurrentes en los títulos de los estudios dedicados a la literatura latinoamericana. Condición unificante de la escritura, la violencia aparece como el revés necesario de toda trama, porque es el revés de toda la realidad. Demasiado elocuentes son las imágenes de El Salvador, las listas de los desaparecidos en Argentina; demasiado estables y quizá por eso menos recordados los horrores de Guatemala o Paraguay... Pero la violencia no es un dato histórico, una especie de contrapartida ineluctable de la imaginación y del lenguaje. Es el resultado de un choque que se realiza en la historia, a través de la conciencia, el rechazo y la lucha del pueblo latinoamericano contra la servidumbre y el despojamiento. América Latina se constituye -ante sí y ante los otros- en estas dos imágenes que son a la vez dos propuestas de identidad: por un lado, en positivo, una posibilidad de formular el mundo mediante la palabra -la imaginación, el lenguaje-; por otro, en negativo, una herencia de vasallaje -la violencia”. (Campra, Rosalba: América Latina: la identidad, la máscara / México, 1987, p.82.

<sup>[3]</sup> “Los regímenes autoritarios europeos de 1920 a 1945 aspiraban a fundar, contra el liberalismo y la democracia, un ‘nuevo orden’ o un ‘Reich milenario’. Las dictaduras militares latinoamericanas de hoy son regímenes sin ideología. La ‘doctrina de seguridad nacional’,

invocada en mayor o menor medida por estos gobiernos militares institucionales, sirve más para disimular la ilegitimidad que para fundamentar una nueva legitimidad. La doctrina ha sido un medio para generar consenso activo en el seno de la institución militar en torno a una imagen conforme al alarmismo profesional. Sus hipótesis bélicas, al ampliar el espectro de las amenazas y situarlo en el interior de la propia sociedad nacional, otorgan una base corporativa a la intervención política del ejército, pero no la explican. Justifican su presencia prolongada en el timón del poder, pero no sientan las bases de un nuevo poder. En una palabra, la teoría de la seguridad nacional no tiene nada de ideología, ni por su coherencia, ni por su difusión ni por su función constituyente”. (Rouquié, A.: El estado militar en América Latina / México, 1984, p.385).

<sup>[4]</sup> “Es decir, si Chile puede ser sinónimo de laboratorio de la barbarie, donde las multinacionales ensayan planes demenciales para el mundo, Chile también puede -a través de la multifacética y sofisticada resistencia que su pueblo desarrolla- valer como un laboratorio para la liberación, una experimentación de humanidad posible en circunstancias enajenantes”. (Dorfman, A.: El estado y la creación intelectual. Reflexiones sobre la experiencia chilena en la década de los setenta / en: González Casanova, P.: Cultura y creación intelectual en América Latina / México, 1984, p.347.

<sup>[5]</sup> Compárese: Mantares L., G.: Uruguay: Resistencia y después... / Casa de las Américas, Núm. 161, La Habana, 1987, p.9.

<sup>[6]</sup> Véase: Informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas: NUNCA MAS / Buenos Aires, 1984.

<sup>[7]</sup> Véase: Riquelme, H.: Latinoamericanos en Europa. Experiencia de desarraigo y proceso de identidad psicocultural / en: Acta psiquiat. psicol. América Latina, Núm.33, 1987, pp.281-295.

<sup>[8]</sup> “Si una poesía sobre la tristeza no persiguiera otro fin que contagiarnos la tristeza del autor, ello sería muy triste para el arte. El milagro del arte nos recuerda más bien otro milagro evangélico, la conversión del agua en vino, y la verdadera naturaleza del arte lleva en sí siempre algo que transforma... El arte es a la vida, lo que el vino es a la uva, dijo un pensador y le asistía toda la razón, al indicar que el arte toma su material de la vida, pero ofrece a cambio algo que no se halla entre las propiedades de este material”. (Vigotski, L.S.: *Psicología del arte* / Barcelona, 1972, p.299).

<sup>[9]</sup> Hauser, A.: *Soziologie der Kunst* / München, 1983, p.9.

<sup>[10]</sup> “...pues en nosotros tiene lugar constantemente un proceso de formación e interpretación cuyo objeto somos nosotros mismos: tratamos incesantemente de ordenar en forma comprensible nuestra vida, con su pasado, su presente y su futuro, y nuestro ambiente, el mundo en que vivimos, a fin de cobrar una visión de conjunto, la cual, en verdad, cambia más o menos rápida y radicalmente según que nos veamos más o menos obligados o seamos más o menos propensos y capaces de incorporar nuevas experiencias. Estas son las ordenaciones y las interpretaciones que los escritores de que tratamos intentan captar en cada momento, y no una sola, sino muchas, ya sean procedentes de personas distintas, ya sean de la misma en momentos diversos, de manera que del cruzamiento, complemento y contradicción de ellas resulte algo así como una visión sintética del mundo, o por lo menos un problema para el deseo de interpretación sintética del lector”. (Auerbach, E.: *Mimesis* / La Habana, 1986, p.518).

<sup>[11]</sup> Compárese: Cánovas, R.: *Lihn, Zurita, Ictus, Radrigán: lite-ratura chilena y experiencia autoritaria* / Santiago: FLACSO, 1987.

<sup>[12]</sup> Otros ítems posibles son: “El opresor, comensal de largo aliento”; “Campos de concentración: experiencia y memoria”; “Los devaneos de doña Moralina”; “¿Cuál identidad después ?”

<sup>[13]</sup> Benedetti, M.: La vecina orilla / en: Flores, A.: Narrativa hispanoamericana 1816-1981: tomo IV / México, 1982.

<sup>[14]</sup> Rojas, J.(pseudónimo): Tripulantes de la niebla / en: Epple, J.A.: Cruzando la cordillera. El cuento chileno 1973-83 / México, 1986.

<sup>[15]</sup> Dorfman, A.: En familia / en : Cría ojos / México, 1979.

<sup>[16]</sup> Valdés, E.: El resto es nada / en: Epple, J.A.: opus.cit.

<sup>[17]</sup> Szichman, M.: El día de muertos / en Flores, A.: opus.cit. Tomo VIII, México, 1985.

<sup>[18]</sup> Roballo, A.: Inmediatamente después / en : Casa de las Américas Núm. 161, La Habana, 1987.

<sup>[19]</sup> Skármeta, A.: La composición (versión alemana) / Berlín-RDA, 1982.

<sup>[20]</sup> Dorfman, A.: A la escondida / en : Cría ojos, México, 1979.

<sup>[21]</sup> Nahuelpán, J.: Retamales de la Hoz / en: Epple, J.A.: opus. cit.

<sup>[22]</sup> Galeano, E.: La canción de nosotros / México, 1975.

<sup>[23]</sup> Echeverría, E.: Como si mi corazón tuviera una ventana rota / en: Epple, J.A.: opus.cit.

<sup>[24]</sup> Rosencof, M.; Fernández H., E.: Memorias del calabozo: 3 tomos / 1987-88.

<sup>[25]</sup> Gallardo, A.: La deposición / en: Flores, A.: opus.cit. / México, 1987.

<sup>[26]</sup> Lira, C.: Estante cama / en: Epple, J.A.: opus.cit.

<sup>[27]</sup> Rodríguez, E.: El intruso / en: Casa de las Américas Núm. 161, La Habana, 1987.

<sup>[28]</sup> Skármeta, A.: Una generación en el camino / en: Nueva Sociedad, Núm.56-57, San José, 1981.

<sup>[29]</sup> Yáñez B., J.P.: Antenor Flores. Das Leben eines chilenischen Arbeiters erzählt im Exil / Lamuv Verlag, 1983.

<sup>[30]</sup> Marra, N.: Los herederos / en: Flores, A.: opus.cit. Vol.VIII.

<sup>[31]</sup> Vidal, H.: Dar la vida por la vida: la Agrupación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos (Ensayo de antropología simbólica) / Minneapolis, Minnesota, 1982.

<sup>[32]</sup> E.Lira, E.Weinstein y J.Kovalskys plantean:

“... A nuestro juicio la perspectiva individual o grupal que posibilita el espacio terapéutico, puede permitir en cierto sentido, profundizar los efectos del sistema, tanto en sus formas agudas represivas, como en sus modalidades encubiertas menos agresivas. La necesaria democratización no puede ser sino un proceso dialéctico entre sujetos y procesos sociales, pero el espacio terapéutico puede ser un espacio de construcción y anticipación de prácticas y tareas democráticas, a pesar de sus limitaciones, rupturas y exorcismos”. (En: Subjetividad y represión política: intervenciones terapéuticas / en: Montero, M.(coord.): Psicología política latinoamericana / Caracas, 1987, p.317.